





ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009) de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora, y luego siguió con *Circo de pulgas* (2003), *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008) y *Carne y Jacintos* (Sangría, 2010).



RETRATO DEL DIABLO

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 9

ANTONIO GIL

RETRATO DEL DIABLO



SANGRÍA

© Antonio Gil Íñiguez
N° 223.775
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-28-9

© Derechos reservados para esta edición:
2012, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, de Mónica Ríos, de Pilar García y de Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en diciembre de 2012 en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Primera parte.....	13
Relazione del primo viaggio.....	20
Trépano.....	27
Mapas imposibles.....	36
El hijo de la ordeñadora y el carpintero.....	38
Avistamiento primero del Reino de Chile.....	42
El perro y el pilar de cristal.....	44
El fado de las sirenas.....	47
Errancias.....	49
Batalla en los cielos.....	51
El listado carmesí.....	53
Pedregal de calaveras.....	60
La música de las esferas.....	64
La escritura del páramo.....	69
Noite.....	73
La gruta.....	76

La danza de las abejas.....	82
Mácula.....	86
La partida.....	89
El árbol de la vida.....	93
El vuelo del halcón.....	100
Jeroglífico radiante.....	105
Cerdo negro.....	110
El hambre.....	113
Arde ya la yedra.....	118
Fisiología.....	125
Segunda parte.....	133
Tierras de diciembre.....	144
El chasquido.....	147
Siete estrellas deslumbrantes.....	156
Otra voz.....	164
La piedrachile.....	168

A mis hijos Elisa y Pedro.



PRIMERA PARTE



Las cosas van mal cuando el sabio va a casa de locos para operarse de su locura.

Anónimo del siglo XVI

—Anoche, en sueños, se me presentó ni más ni menos que Erastótenes de Cirene —dijo Faleiro muy por lo bajo, en un tono apenas audible aunque sin escatimar por ello su engolada pomposidad ni sus gesticulaciones, convertidas de pronto en minuciosas y ridículas miniaturas de sí mismas. Gestillos cortos, digamos, y breves envaramientos algo femeninos que recordaban vagamente los de una marioneta, esos fantoches que de feria en feria sirven para entretener a los niños y a los bobos.

Apoyándose en el tronco de la higuera y con los ojos puestos fijamente en un vacío que para él, imaginamos, debía estar cuajado de paralelos, meridianos y revelaciones, nos espetó de pronto moviendo la cabeza con tristeza:

—Por si no lo sabes, como me temo, Erastótenes es el griego aquel que, finalizando el siglo tercero antes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo Nuestro Salvador,

calculó el radio de la Tierra con la exactitud de un barbero rasurando la manzana de Adán de un arcipreste.

Faleiro se pasó la mano frente a la cara como espantando una mosca imaginaria antes de farfullar:

–Siempre se dijo que Erastótenes eligió como punto de partida una ciudad egipcia, Asuán, llamada por esos días Siena, por existir allí un pozo profundo en cuyo fondo destellaba el Sol un solo día; entiéndeme bien, Gil: sólo un mediodía del verano. A ese punto lo nombró S. Luego eligió el punto A, que era nada menos que la ciudad de Alejandría, ubicada en el mismo meridiano que Siena. La diferencia es que allí el Sol no caía verticalmente, sino alejándose de la plomada en un ángulo que valía un quincuagésimo de la circunferencia. Y aquí os viene lo importante: porque él, el gran Erastótenes, me invitó a mí, este pobre cosmógrafo confinado hoy en la Casa de Locos de Lisboa, a montar en un camello que calificaré de bien enjaezado, verás, propio de un rey mago, para acompañarlo en la sagrada tarea de medir la Tierra a partir de la distancia que separa Siena de Alejandría. Claro que se equivocan todos los cagatintas de la Antigüedad porque ahora, y yo bien me lo sé, no era Siena sino Aun, pueblillo de cabreros que viene a caer en otra parte, a tiro de ballesta de Siena, el lugar del bendito pozo. Una faena larga y tediosa, no lo oculto a vos, pero la misma que no obstante acepté de buen grado. Y, ¿sabes?, novecientos

veintiséis kilómetros fue nuestra andadura entre Alejandría y Aun. Y así ambos determinamos, a partir de esos datos y valiéndonos de la ciencia de la trigonometría, que el radio debía andar bien cerca de los seis mil trescientos sesenta y ocho kilómetros que es lo que hoy se sabe, ya bien decantado, mide esta bendita naranja.

Una brisa suave esparcía sobre nosotros el olor de las viñas y los lagares cercanos. Un aroma acre, vivo, festonado de alquitrán y azufre de tonelería.

—Erastótenes, como sabrás, se alzó en vida ni más ni menos que con el cargo de director de la Biblioteca de Alejandría, lo que no viene siendo poca cosa si sabes de qué verijas hablo. Creó un catálogo de seiscientos setenta y cinco estrellas. Y tras perder la vista se dejó morir voluntariamente de hambre, exactamente lo mismo que debiera hacer yo ahora, abandonado a mi suerte como voy, mientras ese hijo de mil putas de Magallanes cruza airoso con sus naos el cabo que yo le indicara; aquel que he dibujado con carbón en el muro encalado, allá —dijo, extendiendo una mano sarmentosa hacia algún lugar del patio.

Y sí: allí estaba trazado entre el negror, creo, en un gesto de carbonilla —tosco, es verdad— el tal Estrecho que hoy ya todos, imagino, se conocen de sobras.

Hallábame por entonces yo encerrado en ese sitio de fantasmas tras pegar fuego a un granero en la aldea

de Azinhaga, sin motivos claros. Faleiro era ya huésped antiguo de la Casa cuando yo ingresé al patio de la higuera con mi cajuela inglesa, esa primorosa jaula de hierro que me cubría –como si fuera un pájaro desgredado y enloquecido– la cabeza. Es verdad que tampoco supe dar razón cierta de los cerdos de Goncalvez a los que envenené con estramonio, ni de mis carreras desnudo por la plaza de Ericeira. Pero en fin: lo cierto es que allí estaba yo, y ahí Rui Faleiro, el desembarcado cosmógrafo de Hernando Magallanes el navegante, alanceado y difunto y enterrado ha mucho ya en Mactán, y cumplida ya la vuelta al Mundo por Elcano, y toda aquella mierda que hasta el más piojoso de los estudiantes de Alcoche bien ahora nos puede gangosear de memoria.

–Siéntate –me siseó la sombra de Rui Faleiro–, que esta noche yo te bautizaré de manera cabal con la verdad más luminosa y más pura de todas. La verdad deshuesada de toda aquella mandanga escrita por el bujarra de Pigafetta. Siéntate –me apuró la sombra–, que esta noche yo te haré comulgar el pan cabal de la verdad más secreta que existe, la verdad descamada de toda floritura. Y te voy a alumbrar el magín con lo acaecido tal y como ocurrió, aunque ni Cristo, por no mentar a ese bacalao de Santo Tomás, me lo crea.

Era ya de noche, y unos perros aullaban a lo lejos en algún lugar de esa Lisboa inexistente y brumosa que con

seguridad nunca volveríamos a ver, o nunca vimos. Se acuclilla Faleiro y, dibujando con el índice en un polvo invisible, da comienzo conmigo a su viaje, el verdadero viaje, esa travesía que tiene por teatro los hemisferios y circuitos de su cerebro, lugar único por donde peregrina el hombre, por sus lóbulos desde el hipocampo hasta el hipotálamo, circunnavegando esa sustancia grisácea que es para el humano el único planeta posible.

—El sol se encontraba en la Casa VIII, regida también por Escorpio y Plutón, cosa a ojos vista funesta —masculla tras escupir Faleiro—, cuando ese diez de agosto de 1519 la Victoria, la Trinidad, la San Antonio, la Concepción, la Santiago y la Carabela Trinidad estaban por levar muy inoportunamente sus fierros del fondo arenoso del malhadado porto de Sevilla, prestas ya con sus cuadrantes, astrolabios, brújulas, ballestillas, tablillas náuticas, agujas de marear, cartas y portulanos. El día mismo en que subió el bujarrón aquel, el pergeñador de fábulas y embustes Antonio de Pigafetta, admitido a bordo como pasajero de pago, junto con los doscientos cuarenta y uno de entre los que como sabéis sólo regresarán dieciocho. Incluyendo, ¿cómo no?, al manfloro y uranista ese de Pigafetta, con su gordo libro becerro tan malamente rasguñado de falsías y embustes.

Lejos, muy lejos, el mugido de la mar.

Relazione del primo viaggio

El cerebro es una masa caliente, blancuzca, incapaz de generar pensamientos.

Aristóteles

–Doblando la procelosa raya del horizonte, ¿qué hay? Te lo habrás preguntado muchas veces, como todos los que miran hacia esa lontananza curvada. Pues te lo diré ahora mismo y sin rodeos, Gil: Nada. Porque aquel fluido que el alquimismo intitula éter o espíritu sublime, descubrimos navegando bien a las cortas, no es otra cosa que Nada. Y en medio de eso, de aquella oquedad, es que nos preñaremos para siempre del más vivo de los espantos, por no ser agua, aunque lo parezca, eso que machetea incansables las rodas de las naves, ni espuma eso que salpican sus babores y estribores. Sólo lo ilusorio, arriba y abajo. La horrorosa eternidad del vacío pasando por las bandas. Dicho esto, Gil, ¿cómo Mefistófeles darle la vuelta a aquello, sino entendiendo que al hacerlo sólo se circunvala una inmensa fantasmagoría?

Dos estrellas fugaces cruzaron la comba, subrayando con su fuego celestial las palabras del cosmógrafo, quien continuó su parlamento en tono seco:

–Bien sabido es que hay una sola mente y que sus sabios pensamientos crearon a través del verbo divino a todos los hijos del altísimo. De la misma forma, y cumpliéndose el axioma de Hermes, el Tres Veces Grande, que nos alumbró con la certeza de que como es arriba es abajo, los hijos de Dios son cocreadores con su padre, y utilizando parte de la mente divina precipitan el producto de sus pensamientos en forma de manifestaciones físicas hacia el mundo de las formas. O sea, de agua, de aire, de cormoranes, de cuerdas, de áncoras y velámenes nada, Gil.

Faleiro volvió a escupir, apoyado en la higuera rugosa que era nuestra única suntuosidad, nuestro único lujo en aquella mansión de penurias.

–Sólo vanos pensares –remató el astrólogo desde las sombras donde lo adivinábamos en cuclillas y haciendo trazos en el polvo, como hizo el Cristo cuando le preguntaron qué hacer con la adúltera–. Pues fue así, quebrando la línea del confín, que las naves de Fernão de Magalhães enfrentaron esa dura verdad a la que a mí, por soberbia, sí, por mero orgullo y por pecaminosa necedad, no quisieran prestarme oídos en su hora. Y fue de ese modo que cayó sin más la flota en los abismos.

Sólo gases y partículas de polvo reflejadas apenas en el espejo atormentado del oleaje.

Alguien soltó a lo lejos una carcajada larga y áspera antes que Faleiro siguiera con su monólogo. Otra risa, más cristalina, como de niño, nos llegó de algún lugar de la Casa de Encierros.

—Perdida la Luz del Génesis, debíase marear por un cielo en tinieblas en pos del Rayo Primordial —dijo como para sí entonces—. Y luego comenzar lentamente a crear y crear y a crear el Mundo tal como Él hizo en el día primo, golpeando con el eslabón de la voluntad sin tregua contra el pedernal de la imaginación. Hasta que arda la llama. Y seguir singlando por la materia así creada a chispazos del espíritu que nos habita, día con día, sólo para continuar navegando por la Obra Divina, que por cierto ha quedado inconclusa más allá de la línea del horizonte, realidades que se sabe hasta el más basto apaleador de olivos de Alto Alentejo que vara en mano mira hacia la mar entre las hojas cintilantes. Y eso ya se me hace mucho decir. Pero, ¿quién podía hacerlo hallándome yo aquí? ¿Quién de esos simples comprendía a cabal manera aquellos misterios sutiles, ocupados como iban de que la galleta que comían ya no era más pan sino un polvo lleno de gusanos que habían devorado toda su sustancia? ¿O que les venía muy olisca el agua? Si no era esto, era aquello; afanes todos

burdamente humanos e impropios, regados allí por el Diablo para distraer de su destino al elegido. ¿Quién capuchinos va a crearse así un islote siquiera, con ese puño de gañanes ocupados míseramente de las putísimas galletas y los gorgojos y del agua de las barricas, cuando debieron mirar hacia lo Alto y esperar el maná que verterían los astros a raudales, tenlo por muy cierto, tras la creación de cada roca, ínsula, cabo o ensenada, tal y como yo quise con empeño y en balde enseñarles? ¿Acaso podrá crear lo que resta de Mundo el bruto de Lombardo, que nunca oyó mentar ni siquiera a las Perseidas? El primer error que cometen esos homúnculos mientras roen sus galletas embromadas es imaginar que viajan por la mar. Sí. Y ese es el principal y el más elocuente de todos sus yerros, si queremos aspirar a la exacta medida de su insondable torpeza. La Nada Negra, allí navegan. Esa de donde sólo el hombre instruido, el hombre henchido de Dios puede por ventura sacar provecho merced a las lumbres de su voluntad y al insufló Divino. He de decir en este punto que en sueños y visiones, inspiradas todas y cada una de ellas por el Santo Espíritu, quede claro que yo, don Rui Faleiro, cosmógrafo, geómetra, astrólogo y astrónomo, he visto el Universo egipcio. ¿Y qué es? Un ataúd, un sarcófago alargado de norte a sur, idénticamente igual que su polvoso país momificado. Y he vislumbrado

ahí cómo alrededor de la Tierra discurre el río Ur-Nes, del cual el Nilo es uno más de sus brazos. Es, fijate bien, un río que mana desde el sur. Y pude apreciar ahí claramente cómo durante el día el sol recorre el cielo, vagando libre y lentamente de oriente a poniente para abordar durante la noche un barco que rodea la Tierra por el norte, navegando ese río Ur-Nes, hurtando de tal modo la luz y mezquinando su resplandor a los seres tras las escarpadas montañas del Dait. Y tampoco negaré aquí, Gil, mis caldeos saberes, que en bien poco y nada difieren de las sabidurías hebreas. Allí el espíritu de Dios se mueve sobre la superficie de las aguas en el primer día de la creación, gracias a esa palabra sagrada original que se pronuncia Ruaj, lo cual en hebreo significa viento. Es ese aire nada menos que esa ánima, el propio soplo que alzó a nuestro padre Adán de entre la arcilla húmeda para darle un destino inmortal. Allí Dios puso primero el firmamento engarzado entre las aguas superiores y las inferiores. Esto es Rakía, la vieja palabra que nombra lo que hoy llamamos Cosmos, y que a la vez y a un tiempo también significa vacío. Sopló para los babilónicos Marduk, el viento, y separó las aguas del cuerpo de Ti'amat, y así la tierra firme surgió como un sedimento de las aguas primordiales. Pero no, claro; Magalhães y sus rastacueros surcan por la mar océano sin comprender ni por un instante siquiera la

naturaleza mágica de su cometido, ni nada del espacio donde esa altísima operación debe efectuarse.

Se hizo un largo silencio, al cabo del cual los sonoros ronquidos del cosmógrafo fue lo único que rompió la mudez de la noche. No recuerdo grillos ni ranas ni chillidos de murciélago. Sólo el respirar de Faleiro, su roncar igual que el aserrar de una corvina en el tronco de una encina verde, trabajoso y desacompasado y chirriante y raso amén de ingrato, tal como la vida misma de quien lo emitía, sentado ahora en la arena, perdido, con la cabeza descansando en el tronco de la higuera invisible.

¿Estaría todo en verdad girando hacia el día próximo, hacia otra mañana improbable? Entonces fue que sentí, en aquel templo del dolor que es la Casa de Locos de Lisboa, la presencia de Cmun, el Dios de la primera catarata. Sí, el Dios de las fuentes del Nilo reinando en plenitud con su cabeza de carnero sobre las aguas que circulaban por el mundo inferior, acompañando a Ra en su singlar la oscuridad de la noche. Cmun, el viejo Dios que en su torno de alfarero creó a todos los seres vivos, Dioses y hombres. El mismo que dio forma al huevo primordial de donde brotó la luz solar al comienzo de los tiempos.

—Cmun, Cmun —susurré, como llamándole. Y entré así, con su nombre en los labios, en un sueño de

agua oscura, gregoriana, de aquel rocío que se recoge en el bosque después de la luna nueva al amanecer; aquella santa agua, digo, que tras filtrar de toda impureza se guarda en una vasija de cristal con una pulgarada de sal y otra de polvo de incienso de olivano. Un sueño fresco y hondo que se irá evaporando, lo sé, mientras mi alma se acoge a la libertad magnánima, pasajera y lustral de su rocío.

Trépano

*Maestro. Quitame pronto esta piedra.
Mi nombre es Tejón Castrado.*

Hieronymous de Bosch

Con las primeras cuchilladas de sol del amanecer pude verlo. Sí. Ahí estaba. Al despertarme y junto con alzar la cabeza pude ver claramente en el muro a la cal ese mapa del Finis Terrae bosquejado toscamente con un trozo de carbón por Rui Faleiro. Ese pubis, esa lengua que sería el destino de Pedro Sarmiento de Gamboa y otros tantos en un lugar más remoto que Sirio o Ganímedes; territorio aquel que amén de ser la puerta de marear hacia Molucas es ahora, muy al austro, una gobernación del Reino de Chile. Faleiro había descubierto en su mente antes que nadie, en su alma, en sus sueños, en sus fiebres aritméticas, aquesta tierra ignota: Chile. Este mérito secreto jamás le sería reconocido por nadie, ni creo que lo esperara para nada.

—Los locos verdaderos se dividen en cinco tipos: lunáticos, insanos, vesánicos, melancólicos y obsesos —dijo el galeno rascándose la cabeza, como sorprendido de su

propia capacidad de memorizar tal listado de disparates que ni él mismo se creía.

La ronda de Maese Texeira, físico y sangrador y anatomista a cargo del ese hospicio —o Casa de Piedad o Infierno en la Tierra o como queráis calificarlo— recorrió temprano las apestadas dependencias. Nadie ignoraba de Faleiro que era el huésped más ilustre de aquel desván. Y todo quien algo alcanzaba a colegir sabía que estaba preparándosele al cosmógrafo una trepanación para extirpar de su calavera la llamada piedra de la locura. Ya habíamos visto sobre una mesa del salón principal las sierrillas, tirabuzones y embudos que Texeira utilizaría en su empeño, junto a un maremagno de hierros, escalpelos, malletes, gubias y lentillas traídas de vaya uno a saber dónde. Con él venían, como siempre, su séquito de asistentes, Do Carmo, Faura y Mego, siempre dos pasos tras él, con el sombrío y bilioso semblante de los que no se hallan a gusto en parte alguna.

La única tarea de Texeira, lo sabíamos bien, era impregnar un paño de lino con celidonia y colocarlo, sin resultado alguno, bajo la axila del loco. Jamás supimos que trepanase ni fungiera de anatomista. Entonces, ¿cómo iba esa nulidad a extraerle el Cabo de Hornos de la cabeza a Rui Faleiro? ¿Y el Canal de Todos los Santos, con qué cartografía le sería extirpado al cosmógrafo de Magallanes?

Es bien conocida la pintura del Bosco intitulada *Extracción de la piedra de la locura*, donde se nos presenta al paciente en un círculo mostrando una herida en su cabeza a un matasanos y a sus ayudantes, dispuestos a corroborar el éxito de la operación tanto como a propagar las alabanzas del falso médico que luce ostentosamente su título, utillaje y artes, bajo la implacable mirada satírica del pintor. Al enfermo le extraen un tulipán lacustre de la frente, tulipán que también está sobre la mesa y que es símbolo del dinero que va a parar a la bolsa del charlatán.

–Prefirieron creerle a Ptolomeo, ese sobrepreciado dios de los haraganes: un planeta más pequeño que el calculado con extrema exactitud por Eratóstenes de Cirene y por mí en el sueño les acomodó más; claro, pues ese mundo reducido les ofrecía menos faena y sinsabores a esos cabreros comepueros. Craso error. Fue nada más por esos cálculos fallidos, por esos yerros de trigonometría que nos llegaron sólo dieciocho de todos los hombres que embarcaron, y eso –acotó Faleiro con una risa siniestra– es un mero ejercicio aritmético: la resta.

La noche enfangaba lentamente el bronce fundido del crepúsculo.

–Aquello, amén del error metafísico de confundir la Nada con la mar que no es, como comprenderá tu tarda inteligencia, fue un fallo menor –agregó, rompiendo

ahora en una risa de hiena desgarrada donde se encestaba en cada estertor, en cada resoplido, ya no sólo su propia frustración personal sino la de todos y cada uno de los hombres que han vivido y vivirán la Tierra en medio de sus fracasos y desilusiones, incluyendo la mía. Faleiro de algún modo extraño podía por instantes, comprendí entonces, convertirse en toda la Humanidad. Y eso era probablemente la piedra que buscaban extirpar el anatómico y sus pajes con las tenacillas y pinzas y ferrajes y sondas dispuestas sobre la mesa grande bajo el retrato de Antonio de Padua, en esa sala con trazas de pesebrera donde recibirían –como sabíamos ya ahora– al que vendría siendo ni más ni otro que Andrés Alcázar, autor del libro ese sobre la cirugía craneal que consta de veinticinco capítulos, en los que se presentan desde la anatomía de la cabeza a la clasificación de las heridas cefálicas según la etiología y localización, y desde el diagnóstico diferencial de las mismas hasta el pronóstico en general y en particular. Desde el capítulo doce hasta el final, Alcázar ofrece soluciones terapéuticas tanto desde el punto de vista médico como quirúrgico para cada uno de los tipos principales de heridas. Pero sin duda su mayor aporte es el análisis de los requisitos con que deben contar los trépanos y otros instrumentos operatorios craneales, junto a un hábil diseño de trépanos de su autoría. Torpes e insuficientes halla Alcázar las llama-

das trefinas, que eran usadas hasta entonces, así como las sobrevaloradas coronas de trépano operadas con la mano por medio de una suerte de manguillo colocado en su parte superior. Alcázar es elocuente al señalar los muchos riesgos de estas viejas herramientas, y dibuja y manda a hacer, e incluso realiza con sus propias manos trépanos inexistentes hasta entonces. En primer término crea las coronas de trépano insumergibles merced de un tope; se trata de una corona macho equipada con un pivote al centro, lo que asegura la ubicación exacta del instrumento en el inicio de la operación –junto a otra corona hembra, que culmina la perforación. Las coronas de Alcázar no se manipulan directamente, sino que se las hace girar mediante una manivela. De este modo el docto trepanador resolvió el complejo problema que planteaba tener que disponer de una gran cantidad de coronas adecuadas al grosor del hueso craneal que había de ser abierto, por medio de un artilugio similar a lo que la mecánica conoce con el nombre de tuerca, la misma que hacía posible extenderlas o acortarlas según se requiriese. Para las ocasiones particularmente difíciles creó otro trépano, también provisto de dos coronas machihembradas, pero carentes de dientes y con un sólo filo, el cual para funcionar necesitaba de un aparataje similar al ballestón usado en alfarería, ese que da vueltas mediante cuerdas a un arco, lo que ya hacían

—hay que decirlo— las arcaicas terebras o trépanos desde los egipcios. En fin. He ahí a nuestro trepanador.

Sólo había uno más reputado que Alcázar en estas artes de las perforaciones craneanas: Andrea de la Croce. Pero nadie sabía ya dónde se encontraba el ilustrísimo italiano, con sus afamadas brocas y curetas, tras mandar con sus curaciones al fondo del infierno al Gran Almirante de la Sublime Puerta Otomana, frenéticamente empeñado en la construcción de un camino que llegaría directamente hasta el Jannat al-Na'im o Jardín de las Delicias prometido por el Profeta.

Lo que sí sabíamos era que se manifestaba Alcázar firme partidario de la trepanación de Rui Faleiro, pero afinado en sus indicaciones y con mejoras en la técnica que hasta entonces se tenía. Ideó, propuso y finalmente construyó algunos trépanos especiales para Faleiro, con el fin de solventar los inconvenientes que presentaba el estrambótico paciente. ¿Sería esa la herrería incomprendible que atiborraba la mesada bajo el amparo del Santo de Padua?

Era pues a Andrés Alcázar, el mismísimo, a quien se esperaba ver llegar a la Casa de Locos donde Faleiro era huésped de honor. Y no a otro. ¿Pero con qué cartografía, con qué mapa del seso podría viajar tan lejos en la caja ósea de Faleiro como para dar con la Tierra de los Patagones y el Canal de Todos los Santos? Eso no

lo sabíamos, y dudábamos de que él mismo lo supiera a ciencia cierta, a pesar de sus muchos pergaminos y jactancias. Pero llegaría pronto, un día u otro, y extirparía o al menos intentaría extraer los territorios imaginados y soñados por el cosmógrafo, pese a que ya estaban descubiertos tal y cual eran. Así pulgada a pulgada. No podía albergar la materia blanzuca de nadie un continente, joder. Y menos si esa Gobernación le caía en primer lugar a Dios Nuestro Señor, y en término segundo a su Altísima Majestad el Emperador de las Españas. ¿Qué tenía pues que hacer él en la molondra de un cosmólogo desabordado por querer ser el único farol de un viaje del demonio? Eso sí que nadie sabía ni colegía cuándo se apersonaría su Ilustre Eminencia en la Casa de la Higuera, ni siquiera Frater Sandigas, el Capellán que un mal día cantó la Santa Misa en arameo ante los marqueses de Zago y Pajares vestido con un sayal, y que para más mortificación suya consagró y repartió tortilla de patatas al momento de la Santa Eucaristía. Después de Faleiro, el fráter vendría siendo, por celeste rango eclesial, la segunda dignidad en esa triste morada de los memos. Pero pese a su esclarecida aunque enturbiada sapiencia, tampoco daba luces sobre el día y la hora en que Alcázar vendría a arrancarle Chile de la calabaza a Faleiro. Por entonces de bien poco valían a Sandigas su pasado entre cortes ducales ni su supuesta cercanía al

mismísimo Rey de Portugal. Era uno más, otro entre nosotros, el jubón mojado de orines y los ojos puestos en ciertos coros angélicos con que afirmaba tener buen comercio de palabras y noticias; para nosotros sólo cotilleo celestial, sin provecho terrenal alguno: visiones y revelaciones bíblicas de las que no se libraba ni la mismísima Torre de Babel.

—Y tocante a asuntos frailunos y de los malos, ¿sabíais cómo se llamaba en realidad Magallanes? —preguntó de golpe Faleiro—. Pues os lo diré, sí, y de una cabrona vez: Fermín Ibn Mayid. Ese y no otro era su verdadero y legítimo nombre; sí, un maldito moro, un infiel. Qué mejor muestra de ello el que abandonara en San Julián, junto con Juan de Cartagena, designado por el rey Conjunta Persona, a un sacerdote de la Verdadera Fe. Dime Gil, ¿qué católico que se tiene por tal abandona sin más ni más así, en la fría e inhóspita playa de una comarca desconocida, a un ministro del Señor, por levantisco que fuere? Y era ese el mismo cura que el domingo de Ramos de 1520 por órdenes del propio Magallanes ofició la primera misa en esos páramos de la Nada. Eso lo he soñado muchas veces

Y agregó:

—Si el Sol, Gil, se encuentra en la Casa VIII, regida también por Escorpio y Plutón al momento mismo de levar los ferros, ¿qué otra mierda se podía esperar de tal

emprendimiento sino la mano de Satanás, presente en cada pensamiento y en cada maniobra marinera?

Una ráfaga de viento frío y arrachado soplaba esa mañana, y la higuera se inclinaba en desordenadas reverencias ante el cosmógrafo primero y luego ante mi persona, como tratando inútilmente de borrar los propósitos salidos de su boca, que quizá sólo Alcázar con su barreta arrancararía. O peor: tal vez sólo la desnarigada con su guadaña. Pero circunnavegando la higuera la lengua del astrólogo no se dio tregua esa amanecida, perorando de esto y aquello sin orden ni concierto, cosa hartamente esperable en un parroquiano del desquiciado palacio que nos albergaba a ambos.

Mapas imposibles

—Borracho sin remedio era el tal Johannes Schöner, autor de un disparatado globo terráqueo confeccionado en Nuremburgo en 1520; hecho para irse a la reputa madre que nos mal parió es ese bendito camelo hereje alemán que embarcó Magallanes. Si no lo sabré yo. Pero el otro pintado con primor en cuero de gacela, me refiero al mapa del Turco que dejaron en tierra, el de Piri Reis, ese en cambio, ese nos presenta un entramado de líneas que atraviesan la mar, y esas sí que son líneas de rumbo. Ah sí —dijo Faleiro, y puso los ojos en blanco—. Allí está el viaje de Álvarez Cabral, lo veo como si estuviera ahora entre mis manos. En lo alto del pliego hay un barco anclado junto a un pez, con dos personas sobre su lomo.

Pálido y tembloroso, el cosmógrafo trastabillaba girando en torno a la higuera poco después de la primera clarisa del amanecer. Una luz de cobre venía de las cosas como si manara de ellas tenuemente, mientras un corrillo de pájaros pequeños piaba entre los ramajes de tinta.

—También os conozco bien la chapuza oropelada de Oroncé Finé, el matemático bizco, falso astrónomo y cartógrafo de mancebía defecado en el mundo por ahí por 1494 en un poblachón perdido de Briançon. A ese lo han nombrado los plumíferos a discreción como Oronteus Finnaeus, o en su versión italiana como Oronzio Fineo. Un bellaco, una vergüenza por el cual el gorrón de Magallanes, contra toda conseja mía, se encaprichó, abarrotando arcones con sus derroteros al infierno, mientras a mí me ponían en el muelle, cargado de herrajes, en manos de los guardias de ese menguado rey de las Españas; los mismos que me entregarían luego a las brasas que han atizado en Portugal un odio inmisericorde en contra mía.

El hijo de la ordeñadora y el carpintero

«El 12 de abril de 1961, una hora después del despegue de la cápsula Vostok 1 desde el cosmódromo de Baikonour, la agencia oficial soviética Tass anunciaba al mundo que Moscú había enviado al primer hombre al espacio. A esas horas, Gagarin ya experimentaba en el espacio si los humanos podían comer, beber y moverse sin problemas, algo de lo que los científicos soviéticos no estaban seguros.

«*Poiejali* (“en marcha”) son las únicas palabras que Gagarin pronunció en el despegue, una operación durante la cual su peso se multiplicó por cinco. Poco antes, en su discurso desde la base, había dicho que aquel viaje representaba todo por lo que había vivido hasta entonces y que estaba orgulloso de encontrarse “con la naturaleza cara a cara”.

«Catorce minutos después del despegue, cuando el azul del cielo ya se había convertido en el negro del espacio, Gagarin comunicó al control de la misión en tierra que todo era normal y que la falta de gravedad no parecía tener efectos secundarios.

«Cuando la nave empezó a sobrevolar África, el piloto automático encendió los retro-motores, iniciándose así el peligroso regreso a la Tierra. En dos de las cinco pruebas efectuadas los motores no habían funcionado correctamente, por lo que cabía esperar cualquier cosa en una reentrada atmosférica a 27.000 kilómetros por hora en que la cápsula alcanzaría una temperatura de 1.000 grados centígrados.

«Mientras atravesaba la atmósfera, Gagarin pudo ver llamas saliendo del Vostok, en cuyo interior la temperatura era de apenas 20 grados, mientras su peso se multiplicaba por diez. El paracaídas funcionó con normalidad, y el hombre “que más cerca había estado de las estrellas” aterrizó sano y salvo en Siberia tras una hora y cuarentiocho minutos de viaje.

«En sus memorias, Gagarin recordaría que al sobrevolar el Atlántico pensó en su madre y en cómo reaccionaría al conocer la noticia. De hecho, como el resto del mundo la madre de Gagarin desconocía el proyecto Vostok, que fue llevado en secreto hasta el mismo día del lanzamiento.

«Veinte jóvenes pilotos habían sido seleccionados en junio de 1959 entre 3.000 candidatos, grupo que después se redujo a seis personas, los cuales participaron en un entrenamiento secreto que incluía gimnasia, paracaidismo, natación, el estudio de astronomía, medicina y

geofísica, así como la experimentación en una centrifugadora y en una maqueta de la cápsula.

«Al parecer Gagarin, piloto de las fuerzas aéreas de pequeña estatura (1.69 metros) y mucha simpatía, destacó pronto entre sus compañeros, aunque no fue elegido definitivamente hasta el mismo mes del lanzamiento.

«Hasta entonces se habían realizado dos exitosas pruebas con maniqués; uno de sus compañeros, Valentín Bondarenko, había muerto en un accidente en la cámara barométrica.

«Hasta el último momento el mando de la misión no se decidía entre Gagarin y Guerman Titov. Al parecer el primero fue elegido principalmente por su extracción social, ya que el ser hijo de un carpintero y una ordeñadora le hacían ideal para encarnar al héroe soviético de origen humilde. Guerman Titov, por el contrario, además de tener nombre alemán era hijo de un profesor.

«Y como era de esperar, Gagarin se convirtió en un héroe nacional. El propio Presidente estadounidense, John Kennedy, reconoció su hazaña a pesar de que el viaje del Vostok era la segunda bofetada a la carrera espacial norteamericana, tras el lanzamiento del satélite artificial Sputnik en octubre de 1957.

«Gagarin vio como se le dedicaban películas, canciones, monumentos e incluso una plaza en Moscú,

y que todos los niños rusos querían ser cosmonautas. Pero la fama tuvo un doble filo, ya que al héroe nacional se le prohibió cualquier actividad peligrosa que pudiera costarle la vida. Nunca volvió al espacio, y sólo en 1968 consiguió recuperar su licencia de piloto, que le había sido retirada.

«Los peores augurios de Moscú se confirmaron, y Gagarin murió el 27 de marzo de aquel mismo año cuando el Mig 15 a reacción que pilotaba junto a un instructor se estrellaba al noroeste de la capital, hundiéndose seis metros en la tierra. En aquel lugar se levanta hoy un monolito rojo en su memoria, y los restos del cosmonauta descansan en el muro del Kremlin.

«Desde entonces se multiplicaron las hipótesis sobre el accidente, e incluso algunos hablaron de un complot de la KGB para acabar con un símbolo que podía aspirar al poder político. La hipótesis más verosímil es la falta de experiencia del propio Gagarin con cazas a reacción, unida al mal tiempo que reinaba en la zona. El informe de las investigaciones oficiales ocupa veintinueve volúmenes.»

Avistamiento primero del Reino de Chile

Faleiro tosió con los ojos todavía entornados hacia sus inexpugnables recuerdos, y continuó su periplo acariciándose la barba en torno a nuestra higuera áspera y fea. Del pabellón de los idiotas nos llegó un largo alarido que tanto podía ser una risa, un bramido de dolor o ambas cosas a la vez. Dos pájaros huyeron de entre la ramazón con un rumor de trapos sacudidos, mientras una mañana manchada, encapotada, acechante, macabra, ganando la comba acabó por instalarse a sus anchas, relegando los últimos negroses al averno de un ayer que nunca tornaría a ser el mismo en la siguiente rotación de la gran cucurbitácea.

—En su mapa Finé escribió, dentro de las márgenes de un presunto continente de hielo allí pésimamente dibujado por él, una leyenda sin sentido que reza: Terra Australis, recenter inventa sed nondu plene cognita. Esto vendría siendo, en voces de Castilla: Tierra Austral, recientemente descubierta pero no del todo conocida —agregó el cosmógrafo con un mohín de desprecio—. Igual la intituló ese mermado de Abraham Ortelius en

su pliego conocido como *Terra Australis Nondun Cognita*. A esa, la que terminaría por volverse la caprichosa *Tabula Geographica Regni Chile*, una perra costa lejana salpicada de fogatas humeantes. Pero dime una cosa, Gil, ¿quién descubrió Chile?

Me inquiría muy serio súbitamente, deteniendo su rotar en rededor al árbol de los higos y apuntando el índice con aires de profeta hacia la pared donde había garrapateado con carbón ese coño, ese pubis, esa lengua que colgaba como la de un borrego estocado.

—Lo hizo usted, don Rui Faleiro, cosmógrafo, físico, geométrico, trigonómetra, astrónomo y astrólogo —respondí, repitiendo mi cantiga sin balbucear ni una sola vez. Ni una sola. Y eso que, como lo sé ahora, me hallaba por entonces pirado hasta las mismísimas corvas.

—¿Y dónde realicé yo ese descubrimiento, Gil? —raspó luego el viejo, enarcando las cejas.

—En esa gran nuez blanca, blanda y caliente que lleva protegida por los ocho huesos del cráneo —dije—. En ese asteroide partido en norte y sur que es por donde vocé navega, ahí descubrió Rui Faleiro antes y primero que nadie entre hombre alguno el lejano y vagaroso Reino de Chile —concluí, para ir a sentarme en una piedra de molino que tal vez cansada de amolar había venido a parar allí quién sabe cómo, y que yo antes nunca había visto. ¿De dónde saldría?

El perro y el pilar de cristal

—¿Sabes? Anoche en mis sueños se me presentó San Brandán, el irlandés ese que en el 558 navegó quince días para arribar al Cabo, con sus bien bragados monjes a una isla en que fueron recibidos por un perro que los condujo hasta una aldehuela deshabitada donde permanecieron tres días, hallando siempre alimentos preparados, pero sin que pudiesen ver a una sola persona en parte alguna —suspiró Faleiro—. Era ese el mismo santo que luego singló, dormido por el hálito de los ángeles, hasta la Isla de las Ovejas, ínsula sin vegetación que comenzó a agitarse no más el santo y sus tripulantes encendieron una hoguera. Y cómo no, si la tal isla —dijo Faleiro, ahogando la risa— era nada menos que Jasconius, una ballena de proporciones siderales. Y luego a fuerza de remos arribaron, Gil, al Paradisus Avium, el Paraíso de los Pájaros, donde sólo moraba esta clase de animales. Sí: aves, por cierto todas pías y de todo tipo, las cuales con sus trinos ayudaban a esos santos varones en sus difíciles rezos al Altísimo, que allí Gil sí que estaba muy altísimo.

Volvió a reír Faleiro, ahora sin recato y con una carcajada que otra vez encerraba toda la burla, el desdén y la derrota humana.

—Después les vino el Paso del Infierno. Ah, esa región maligna, de verdad maldita, donde legiones de monstruos se amuraban a la nave vomitando llamaradas de fuego. Pero la navegación continuó, sí señor, nada de bujarronadas, y siguieron la derrota hasta dar con un inmenso pilar de cristal que les tomó casi tres días bordear, cruzando una mar inundada de niebla. Culminó ese extraño y largo y accidentado y peculiar viaje en la Tierra de la Promisión, según me aseguró el santo fraile. Y entonces repicó la campana del Mosteiro Dos Jerónimos llamando a maitines y al despertarme se llevaron a Brandán o Borondón, como quieras llamarle, a su reputísima madre celestial, la santa Brígida de Kildare.

El cosmógrafo me miró con docta seriedad.

—Ése descubrió Las Indias antes que ninguno. Sin embargo Chile lo descubrió este órgano que, como bien dice Juan Huarte de San Juan, cumple en sus ventrículos cerebrales la tarea imaginativa con que el hombre capta la información del exterior, la función del entendimiento y la memoria que estiba esos saberes bajo el puente de mando.

Faleiro decía aquello con un retintín de rencor en los dientes apretados.

—Todo esto queda claro si existe, como en mi caso, una buena mezcla de los elementos: buena forma del cráneo, gran cantidad de cerebro y la existencia de cuatro ventrículos distintos y separados, y cada uno en el lugar que le corresponde.

Se llevó, arrogante, la sucia uña del índice a la sien derecha: el mismo lugar, sospechamos, por donde Alcázar pensaría zarpar con sus bitoques hacia la piedra esa de la que ya suficiente hemos hablado. ¿Buscaría desde aquel puerto el matasanos la rete mirabilis o red arterial maravillosa? ¿Exploraría desde ese, su Sanlúcar, la ínsula localizada en la base del cerebro donde se producían los espíritus nerviosos que circulaban por los vasos sanguíneos de Rui Faleiro?

El fado de las sirenas

—Le dije en su hora, ni minuto antes ni segundo después, a Fernão de Magalhães que al igual que Jasón empezáramos ya mismo a ultimar los detalles del viaje. Y el bobalicón ese me miró de muy mal talante, el cabroncete, cuando personalmente le ordené al constructor de los navíos la hechura delicada de una nave de cincuenta remos, que tenía que resultarle absolutamente magnífica, y por mucho superior a lo ancho y a lo largo de cualquier cosa que flotara en parte alguna. El astillero Mayor abrió mucho los ojos, pero no para verme a mí, no, sino al chubasco de escudos de oro que le granizaron el magín, a los florines y maravedíes que con sus copos refulgentes soñó le nevarían de ensoñaciones áureas hasta los mismísimos corvejones.

Faleiro esbozó una mueca desdeñosa mientras se rascaba la barba.

—Merced a un trozo de madera procedente del roble sagrado del oráculo de Dodona, que yo guardaba en mi gaveta bajo siete llaves, por cierto, el dicho navío podría hablar y detentar el don de la profecía, que no es poco.

Tendríamos nuestro propio Argos, y sería la nao más veloz jamás hecha a aguada alguna. Además exigí que mientras se finiquitaba el dicho barco se enviara heraldos por toda la Península para hacer convite a bordo a los mancebos más osados y dispuestos para embarcar en este viaje periplante. Sólo así vendrían los Argonautas, Gil, esos mozos que eran todos héroes o incluso hijos de dioses. Ya sabes. No los borrachos y baldados que siempre subían a regañadientes, sólo por trincarse un azumbre de garnacha o borrical. Y ocurre que el puto moro se me quedó mirando, y se ojeó luego la punta de los borcegués, y sin decir ni mus me dio la espalda y salió del pañol de los aprontes. Así, mudo el hideputa, sin volver la cara ni una sola vez, sentí que de su mástil había caído el gallardete de Magallanes para hacer subir por el palo mayor de su natural la oriflama orgullosa y negra de envidia del tal Fermín Ibn Mayid.

Pasándose la mano frente a la cara, como para borrar de los ojos alguna imagen que le venía avinagrada, concluyó:

—La conoces: rasposa. De esas donde en veces no se salva ni el Cristo.

Errancias

El treinta y uno de marzo los navegantes llegaron a la bahía de San Julián, donde Magallanes ordenó el desembarco para invernar por espacio de cinco meses. Durante esta estadía la nave Santiago naufragó en labores de exploración y comenzaron a producirse motines acaudillados por los capitanes de las distintas embarcaciones. Según Antonio Pigafetta, cronista de este viaje, los traidores eran Juan de Cartagena, veedor de la escuadra; Luis de Mendoza, tesorero; Antonio Coca, contador; y Gaspar de Quezada. El complot fue descubierto: el primero fue descuartizado y el segundo apuñalado. Se perdonó a Gaspar de Quezada, que algunos días después meditó una nueva traición. Entonces el capitán general, que no se atrevió a quitarle la vida porque había sido nombrado capitán por el mismo emperador, le expulsó de la escuadra y le abandonó en la tierra de los patagones con un sacerdote, su cómplice.

Renguearon los dos a sotavento por un interminable ripial en procura de una lengua de arena que se vislumbraba allá, gris, entre la bruma, mientras plumillas

de nieve comenzaban a caer y el viento les hería la cara con sus navajazos.

En el zurrón traía el cura Pero Sánchez de la Reina un yesquero, chorizo bien seco, salazón y un par de galletas embromadas. Quezada, por su lado, además de la toledana llevaba un mosquete, algo de pólvora y un puñado de tachuelas como munición. Poca cosa si consideramos que habían de vérselas ni más ni menos que con el fin del mundo. En el puño de Quezada un halcón peregrino, al que su dueño protegía del agua nieve con la negra capa de paño, emitía suaves silbos que se perdían con el viento. El ulular de la ventisca y los chillidos del rapaz fueron los únicos sonidos que acompañaron por muchas leguas las inciertas andanzas de los caminantes. El piar empañado del rapaz fue lentamente durmiéndose en el bramido del huracán.

—¿Cómo te llamaba tu madre cuando eras niño?
—preguntó Quezada al cura, sin mirarlo.

—Piccolo, pues ella era italiana —respondió el fraile.
Y siguieron cojeando por el ripial, en silencio.

Batalla en los cielos

—Soñé que el Demonio había creado el mundo por puro y arrogante regocijo, para mayor gloria de Su Nombre —dijo Faleiro recién despertado, en un siseo como venido de lejos—. Había creado los cielos y la tierra, el mar y las estrellas, los tilos y los tigres; hasta había creado a los desventurados dinosaurios. Y creó al hombre y a la mujer, macho y hembra los creó, les dio por residencia el Jardín de las Delicias y esto fue así para mayor gloria de Su Nombre. Y para mayor gloria de Su Nombre fue que los condenó a perderse y a añorar para siempre ese Paraíso que les había sido concedido sólo para que padecieran la conciencia de su pérdida.

Agregó, como tratando de recordar el resto de un parlamento:

—Pero uno de los ministros del Demonio, el Príncipe de Sus Ángeles, se rebeló ante Él y Su Siniestra Obra, hija de la vanidad más implacable. Ese Ángel se llamaba Emanuel, que significa Dios con nosotros. Hubo una batalla en los Cielos y Emanuel con sus partidarios, los Hijos de la Mañana, que eran miríadas,

fueron derrotados y confinados a los arrabales de la Creación. La desesperanza fue amiga suya por largos eones; pero Emanuel es tenaz, y prometió a los Hijos de Mujer que les enviaría un Salvador que los guiaría en la victoria contra los Hijos de las Sombras.

Movió la cabeza con desaliento.

—A su vez, el Demonio Creador sabe que la humanidad se ve atrapada por la desesperación cuando ésta es incompleta, cuando aún conserva una mínima ilusión de esperanza. Entonces el Demonio Creador atrapa esa desesperación, organizándola en grandes redes a las que los humanos llaman religiones. Hay quienes dicen que la Caída de Emanuel es, tal vez, la más brillante y cruel jugada del Demonio Creador —concluyó, dejando caer pesadamente los brazos.

El listado carmesí

—Del negro tórnase la tinta de esta color sangrienta, mira. Como si las palabras coagularan sus últimos decires antes de disolverse para siempre, solve et coagula —farfulla con una mueca siniestra el cosmógrafo, mostrándome el pergamino que ha sacando del bolsillo del jubón harapiento—. Ese perro de Juan Sebastián de Elcano completó la primera vuelta al mundo el seis de septiembre de 1522, tras recorrer setenta y ocho mil kilómetros, lo que es casi dos veces el diámetro ecuatorial de la Tierra. Y trajo con él esta relación que paso a leeros.

Girando en torno a la higuera, Rui Faleiro comienza a vocear con solemnidad burlona:

—Antonio de Acosta, escribano de la nao Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Agustín Bone, marinero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Alonso del Puerto, grumete de la San Antonio. Regresa a España en ella. Alonso del Río, sobresaliente de la San Antonio. Regresa a España en ella. Alonso González, despensero de la Victoria. Huyó en

la isla de Mao en agosto de 1522. Álvaro de Mezquita, capitán de la San Antonio. Detenido por los amotinados, es regresado a España en la misma nave Antón de Basozábal, calafate de la Concepción. Retenido en las Molucas por los portugueses. Antón de Basozábal, calafate de la Concepción. Retenido en las Molucas por los portugueses. Antón Flamenco, marinero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Antón Rodríguez, marinero de la Trinidad. Muerto en Cebú en mayo de 1521. Antonio Solomón, maestre de la Victoria. Ejecutado el veinte de diciembre de 1519. Antonio Varesa, grumete de la Victoria. Acusado de sodomía, fue echado al mar ahogándose el veintisiete de abril de 1520. Antonio Hernández, embarcado en la San Antonio, regresa a España en ella. Bartolomé García, marinero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Bartolomé Saldaña, sobresaliente en la Victoria. Huyó de la nave en Timor el cinco de febrero de 1522. Bautista Ginovés, marinero de la Trinidad. No hay datos sobre él. Bernardo Calmeta, capellán de la San Antonio. Regresa con esta nave a España. Colin Baso, grumete de la San Antonio. Regresa a España en la nao San Antonio. Cristóbal García, marinero de la San Antonio. Regresa a España en esta nave. Diego García, paje de la San Antonio. Regresa a España en esta nave. Diego Hernández, contra maestre de la San

Antonio. Regresa con ella a España. Diego Rodríguez, paje de la San Antonio. Regresa con esta nave a España. Domingo de Barrutiz, marinero de la Trinidad. Retenido en Bruney el veintinueve de julio de 1521. Enrique de Malaca, esclavo de Magallanes. Desaparece no se sabe si voluntariamente en Cebú, el primero de Mayo de 1521. Esteban Gómez, piloto de la Trinidad. Amotinado y devuelto a España en la nao San Antonio Francisco, marinero del San Antonio. Regresa a España en su nave. Francisco de Angulo, sobresaliente del San Antonio. Regresa a España en la San Antonio y es encarcelado por motín. Francisco del Molino, sobresaliente de la Concepción. Regresa a España en el San Antonio. Francisco Rodríguez, marinero del San Antonio. Regresa a España en ella. García de Tuñón, sobresaliente del San Antonio. Regresa con ella a Sevilla. Gaspar Díaz, despensero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Gaspar de Quesada, capitán de la Concepción. Decapitado por motín el siete de abril de 1520. Ginés de Mafra, marinero de la Trinidad. Apresado por los portugueses, es encarcelado en Lisboa y puesto en libertad el veinticinco de marzo de 1527. González Hernández, herrero, sobresaliente de la Concepción. Quedó retenido en Bruney el veintinueve de julio de 1522. Gonzalo de Vigo, grumete de la Concepción, pasó después a la Trinidad. Abandona

la nave en la isla de Mao a fines de agosto de 1522. Hernán Lorenzo, sobresaliente de la Santiago embarcado posteriormente en la San Antonio. Regresa con ella a España. Hernando de Morales, marinero de la San Antonio. Amotinado, fallece en la San Antonio durante su regreso. Jerónimo Guerra, escribano de la nao San Antonio. Amotinado, regresa a España en la misma, y es encarcelado. Juan de Cartagena, capitán de la nao San Antonio. Amotinado y abandonado en San Julián el veinticuatro de agosto de 1520. Juan de Chinchilla, sobresaliente de la nao San Antonio. Regresa con esta nave a España. Juan de Francia, marinero de la San Antonio. Regresa a España en su navío. Juan de León, sobresaliente del San Antonio. Regresa con ella a España. Juan de Menchaca, ballestero del San Antonio. Regresa con esta nave a España. Juan de Orue, grumete del San Antonio. Regresa a España con ella. Juan de Oviedo, tonelero del San Antonio. Regresa a España con ella. Juan García, marinero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Juan Gómez de Espinosa, sobresaliente del San Antonio. Regresa a España en esta nave. Juan Griego, marinero de la Victoria. Abandonó la expedición en la isla de Bruney el quince de julio de 1521. Juan Oliver, grumete de la Concepción. No hay referencias sobre su destino. Juan Ortiz de Gopegui, dispensero del San Antonio. Regresó a España en esta

nave. Juanes de Irán Iranza, grumete del San Antonio. Regresa en ella a España. Lázaro de Torres, sobresaliente de la Trinidad, desembarca en Tenerife. León Panclado, marinero de la Trinidad. Capturado y encarcelado por los portugueses. Regresa a España al ser puesto en libertad. Lorenzo Corrut, lombardero de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Lorenzo, grumete del San Antonio. Regresa en él a España. Luis Martín, marinero de la Santiago. Regresa a España en el San Antonio. Luis, grumete del San Antonio. Regresa con ella a España. Maestre Antonio (Maestre Antón), carpintero de la Trinidad. Retenido en las Molucas por los portugueses. Maestre Jacques, lombardero del San Antonio. Regresa con ella a España. Maestre Pedro, lombardero de la Concepción, embarcado posteriormente en la Trinidad. Martín de Aguirre, grumete de la Concepción. Regresa a España en la nao San Antonio. Martín de Ayamonte, grumete de la Victoria. Huyó de la nao en Timor el día cinco de Febrero de 1522. Martín de Goitisoló, calafate de la San Antonio. Regresa a España en su nave. Martín Genovés, marinero de la Trinidad. Abandonó la nave en la isla de Mao en agosto de 1522. Mateo de Gorfo, marinero de la Concepción. Abandonó la expedición en la isla de Bruney el quince de Julio de 1521. Miguel de Pravia, grumete de la San Antonio. Regresa a España en ella. Pedro

Bello, grumete de la Santiago. Regresa a España en la nao San Antonio. Pedro de Bilbao, calafate de la San Antonio. Regresa a España en esta nave. Pedro de Laredo, marinero de la San Antonio. Regresa con ella a España. Pedro de Olaverrieta, barbero de la San Antonio. Regresa a España con ella. Pedro de Sartúa, carpintero de la San Antonio. Regresa con ella a España. Pedro de Urrea, sobresaliente de la San Antonio. Regresa con ella a Sevilla. Pero Hernández, marinero de la San Antonio. Regresa con ella a España. Pero Sánchez de la Reina, clérigo de la Concepción. Condenado al destierro por motín, fue abandonado en San Julián el once de agosto de 1520. Roque Pelea, sobresaliente de la San Antonio. Regresa a España con ella. Simón de Axio, lombardero de la San Antonio. Regresa en esta nave a Sevilla. Tomás de Natín, marinero de la Trinidad. No hay referencias sobre su destino.

Tras concluir con su lectura, el astrónomo se volvió hacia mí. Mirándome con fijeza y usando del registro más amargo que sea dable imaginar en una voz humana, preguntó

—Y Rui Faleiro, natural de Covilhá, cosmógrafo mayor y organizador científico de viaje y verdadero descubridor del Reyno de Chile, ¿dónde putos mártires estaba? ¿En qué pliego enrojece la tinta que escribe su nombre con trazos flamígeros antes de apagarse para

siempre? ¿Dónde mil coños de las cerdas que los parieron se haya inscripto mi nombre, Gil, por la perra virgen?

Hablaba entre dientes, apretando la quijada en un rictus de máscara antiquísima donde una vez más todos los hombres de ayer y de mañana se agolparon con su frustración de desdeñados eternos.

Una luz sucia se encharcaba en el patio mientras Fa-leiro hacía crujir el pergamino entre sus dedos con un crepitar de fogata lejana.